

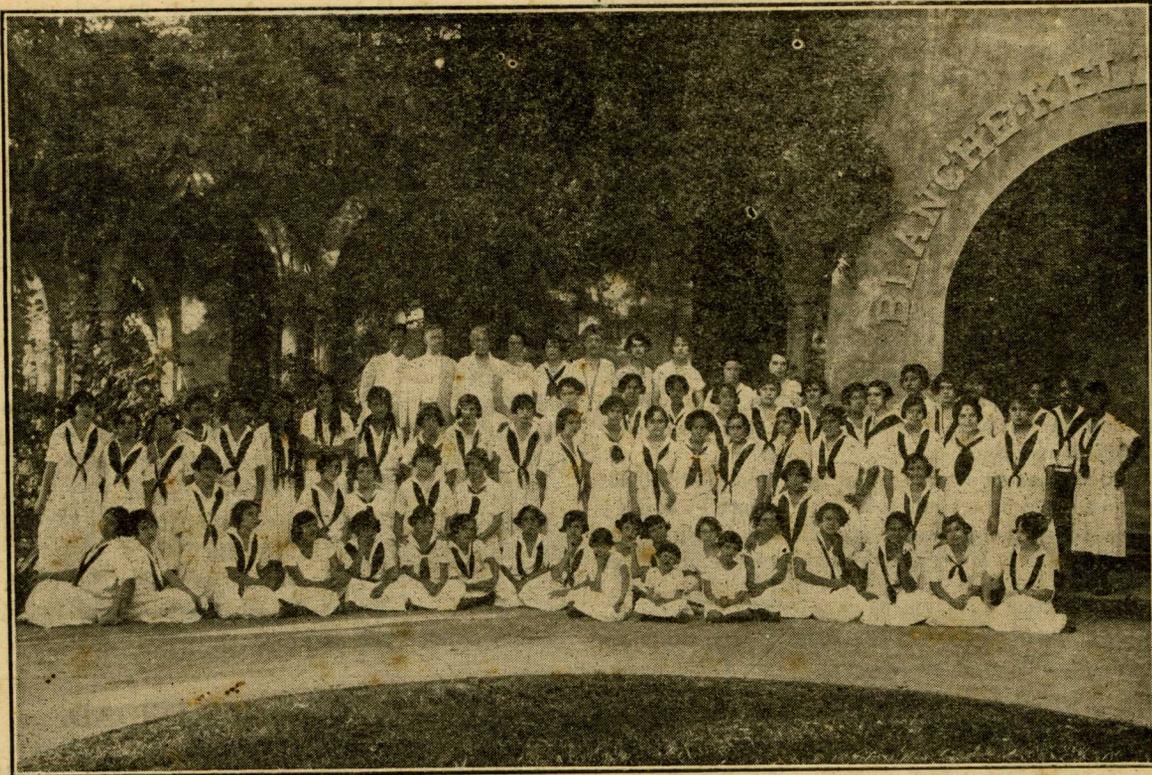
PUERTO RICO EVANGÉLICO

Pro Christo

Año XIII

Ponce, Puerto Rico, Abril 25, 1925

Núm. 20



Cuerpo Estudiantil del Blanche Kellogg Institute.

(Véase la página 2.)

Providencia Divina.

Por fortuna Dios no dejó en completa ignorancia a la humanidad. El Antiguo Testamento está lleno de rasgos hermosísimos y luminosos acerca de Dios; sus atributos más importantes están allí definidos; su naturaleza, su carácter. ¡Qué contraste tan hermoso puede formarse comparando las definiciones más o menos completas del Antiguo Testamento con respecto a Dios con las definiciones de otras religiones y de otros filósofos! Cuando no hubiera otras pruebas para corroborar la inspiración del Antiguo Testamento, esa sería una prueba de muchísimo valor para todo psicólogo que conozca el desenvolvimiento religioso de la humanidad. Pero donde la definición de Dios aparece de una manera acabada, completa, personal es en el Nuevo Testamento, en el Verbo Divino, en la Segunda Persona de la Trinidad, en Cristo Jesús. Hablamos de que Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores, y hacemos bien; que murió en la cruz para consumir nuestra reñencia, y es esto cierto y lógico. Él es la cabeza de la iglesia, Rey, Sacerdote Supremo, etc., todo esto está muy bien, de todo esto debemos hablar, predicar, instruir al pueblo. Pero, qué pocos sermones se predicaban acerca de otra visión sublime, celestial, divina, inefable de Cristo Jesús, a saber; la revelación del Padre. Sin embargo, nótese con cuánta insistencia Cristo Jesús habla de esta visión augusta. Citemos algunos de sus pasajes y relacionémoslos: Juan 1:18; 14:7, 8-11. Otros muchos textos podríamos citar, pero estos bastan.

Grito de la Humanidad.

La humanidad hoy, a semejanza de Felipe, está pidiendo: «enséñanos al Padre y esto basta», la humanidad siente hambre de Dios, pero de un Dios personal, verdadero a quien pueda acudir en sus necesidades, anhelos y angustias; con quien pueda hablar y ser escuchado; con quien pueda mantener intimidad y relaciones humano-divinas. Uno de los errores mayores de la Iglesia Católica-Romana ha sido presentarnos a un Dios inmenso, infinito, pero a la vez espantoso y lejano. Al mismo Cristo Jesús lo presenta como Juez de vivos y muertos más bien que como Buen Pastor, como Maestro Amado, como Amigo que se entrega a la muerte por sus propios amigos, y como Hermano mayor que se sacrifica por sus hermanos menores. Nada tiene de extraño que haya reemplazado a este Dios y a este Cristo, María. La humanidad necesita de amor, dulzura y confianza. Esto explica por qué los católico-romanos se posternan casi en su totalidad a los pies de María, oran a María, confían en María, ponen su alma religiosa en manos de María. Este defecto se obviaría presentando al Dios Padre y al Dios Hijo tales como nos lo presenta la Biblia, particularmente el Nuevo Testamento y especialmente Cristo Jesús.

—Comité de Cooperación de la América Latina.

No digas que Dios te ha desamparado. Eres tú quien no has querido escuchar la voz de tu Padre que te habla en la naturaleza, en la Biblia y en tu propio corazón.

LO INVISIBLE Y EL INVISIBLE.

Por Abelardo M. Díaz Morales.

(Conferencia dada por medio del radioteléfono en San Juan en la noche de abril 7 de 1923)

Me parece que estoy hablando al aire y, sin embargo, estoy efectivamente hablando a las almas inmortales, que son tan invisibles como la atmósfera que nos circunda.

Un orador invisible quiere hablar a un auditorio también invisible sobre cosas invisibles.

La inmensa y encantadora naturaleza que nos rodea es el producto de factores absolutamente invisibles.

La brisa que agita suavemente a las flores y el huracán que destruye a la selva secular no son más que el aire sutil en movimiento, y el aire es invisible.

He estado contemplando, absorto en la playa pintoresca, el misterioso flujo del océano, el fenómeno diario de las mareas, y los sabios nos afirman que todo esto se debe a la atracción que la luna ejerce sobre los mares. El brazo inconcebiblemente poderoso que levanta tan enorme peso dos veces cada día es, pues, invisible.

He contemplado el sublime espectáculo del cielo resplandeciente de luz y henchido de mundos misteriosos. Y el astrónomo nos dice que este movimiento incesante de astros, a través del tiempo y del espacio, no es más que el resultado o el efecto de una fuerza llamada la gravitación universal; y esta fuerza, como las otras, es invisible también. Lo invisible mueve a lo visible.

Los cuerpos se forman y se disuelven obedeciendo a la acción de las fuerzas invisibles que unen o separan sus moléculas y sus átomos. Lo invisible es el gran constructor y el gran destructor al mismo tiempo.

Desde el pájaro que vuela hasta el gusano que se arrastra, desde el astro que ilumina hasta el germen oculto en la tierra, todo está gobernado por lo invisible.

La sociedad humana, en sus distintos estados y en sus frecuentes transformaciones, tampoco se escapa del dominio de lo invisible. El elocuente orador español Emilio Castelar afirma: «El mundo se rige por ideas. La historia de los hechos es un eco de la historia de las ideas.» Y el famoso educador inglés Herbert Spencer dice, «El mundo se gobierna por los sentimientos.» No nos importa ahora saber quién de los dos tiene más razón. Cada uno expone parcialmente una verdad irrefutable. La sociedad humana progresa o retrograda, asciende hacia la virtud y la libertad o se hunde en el vicio y la servidumbre, impulsada siempre por el poder irresistible de las ideas y los sentimientos, que son fuerzas del alma, y fuerzas invisibles también.

Las civilizaciones deslumbran y se eclipsan, los imperios y las repúblicas se levantan y se caen, las instituciones sociales son fuentes de bendición o maldición, según se sujetan o no a las leyes invisibles del orden moral.

Desearía verte y estrechar cariñosamente tu mano, pero si lograra realizar mi deseo, sólo lo realizaría en apariencia. Jamás podré verte ni tú podrías verme. Veríamos nuestros cuerpos, pero no nuestras almas. El

yo, el espíritu, lo que esencialmente constituye al hombre, es invisible a los ojos imperfectos de nuestro organismo fisiológico. Podemos contemplar el tabernáculo o la casa en que reside nuestro espíritu, pero no al idóliculo de la casa y al dueño del tabernáculo.

Lo visible es perecedero, y lo invisible es permanente. Así lo reveló San Pablo cuando escribió a los cristianos de Corinto estas palabras luminosas como el sol y profundas como el mar: «No mirando nosotros a lo que se ve, sino a lo que no se ve; porque lo que se ve es temporal, más lo que no se ve es eterno.» 2ª Cor. 4:18. Vivir la vida visible no es vivir. La inmortalidad está en lo invisible. Lo que no muere en los pueblos y en las razas es su espíritu. Si al morir cada generación, con ésta muriese el espíritu que la anima, entonces no habría pueblos ni habría razas.

Un profundo pensador escocés ha escrito en su famosa obra «La Ley Natural en el mundo Espiritual»: «Lo único que hay real es el mundo espiritual. Lo visible es la escalera que conduce a lo invisible; y lo temporal no es nada más que el andamio de lo eterno.»

Es digno de notarse que los hombres y las mujeres que han vivido más intensamente en comunión con lo invisible, son precisamente los hombres y las mujeres que mayor influencia han ejercido sobre las cosas visibles de la naturaleza y sobre los movimientos visibles de la humanidad.

La contemplación diaria e íntima de lo invisible produce una fuerza extraordinaria para luchar y resistir, para vencer y perseverar en los fieros y continuos combates del progreso contra el atraso, de la luz contra las tinieblas, de la justicia contra la iniquidad, del amor contra el odio, de Dios contra Luzbel. Las Sagradas Escrituras, hablando acerca de los sufrimientos indescriptibles y el triunfo definitivo de Moisés, el inmortal legislador hebreo, dicen así: «Por fe dejó a Egipto, no temiendo la ira del rey, porque se sostuvo como viendo al Invisible.» Hebreos 11:27. Ver al Invisible es, pues, llenarse de un valor imperturbable y poseer el secreto de la victoria.

Lo visible es el símbolo de lo invisible. Por medio del orden de las cosas visibles llegamos a percibir y disfrutar el orden de las cosas invisibles. De los efectos visibles nos remontamos a las causas invisibles. Por eso San Pablo afirma muy lógicamente: «Porque las cosas invisibles de Dios, su eterna potencia y divinidad, se echan de ver desde la creación del mundo, siendo entendidas por las cosas que son hechas»;... Rom. 1:20. Y el inspirado salmista hebreo exclama lleno de místico alborozo: «Los cielos cuentan la gloria de Dios y el firmamento denuncia la obra de sus manos.» Salmo 19:1.

De ahí que en el orden de las cosas humanas tengamos la filosofía y en el orden de las cosas divinas la teología. Al través de lo visible el hombre sabio y piadoso ve lo invisible. El filósofo emplea el antejo de la razón, y contempla el panorama del mundo material. Y el teólogo, sin despreciar la razón, emplea el antejo de la fe, y contempla el panorama superior del mundo espiritual.

La visibilidad de la creación nos ha revelado la invisibilidad del Creador. El orden que notamos en los hechos visibles nos ha ayudado a descubrir la presencia y el poder de la Gran Mente Ordenadora del Universo. Por eso todos los pueblos, en todos los tiempos y en todos los lugares, reconocen la existencia y el gobierno moral de un Ser Supremo, creador y regulador del mundo y padre y juez del hombre. Y para comunicarse con El han empleado el radioteléfono por excelencia que se llama la oración, haciendo de cada corazón creyente una estación transmisora de nuestras peticiones y alabanzas y al mismo tiempo una estación receptora del perdón y las bendiciones del Dios de las eternas misericordias.

El cristianismo enseña que el Dios invisible y eterno se hizo corporalmente visible en la persona histórica de Jesús durante su corta existencia terrenal en la Palestina. Y Cristo se hace visible en el mundo por medio de su iglesia y la vida de cada uno de sus fieles discípulos.

Como Cristo hizo visible a su Padre invisible, así debo procurar yo hacer visible a Jesús ante los ojos de mis contemporáneos y de las generaciones venideras. Tal es el deber y tal es el privilegio de cada cristiano en toda la redondez de la tierra.

Amado oyente mío, ahora no nos vemos y tal vez jamás nos veremos corporalmente en esta vida. Pero mantengamos la dulcísima esperanza de que algún día nos podremos ver, con los ojos del alma redimida y los ojos de un cuerpo glorificado, en la vida bienaventurada que nos aguarda al cruzar el dintel de la muerte.

Agarra la amorosa mano del Dios invisible y todopoderoso, y contempla con la fe al Cristo que murió por nosotros, y marchemos hacia adelante y hacia arriba, serenos, nobles y gozosos, llenos nuestros corazones de gratitud hacia Jesús, nuestro Señor y Salvador, y de amor hacia nuestros semejantes, recordando las consoladoras palabras del apóstol de los gentiles: «Ahora vemos por espejo obscuramente; mas entonces, cara a cara. Ahora conozco en parte; mas entonces conoceré como soy conocido.» Y también escuchemos las palabras hermosísimas del sublime vidente de Patmos, San Juan el evangelista: «Muy amados, ahora somos los hijos de Dios, y aún no es manifestado lo que hemos de ser; pero sabemos que cuando El apareciere, seremos semejantes a El, porque le veremos como El es. Y cualquiera que tiene esta esperanza en El se purifica a sí mismo, como El es puro.» 1ª Juan 3:2-3.

NOTA: Después de escribirse esta conferencia, no pudo transmitirse por el radio por suspensión del concierto de que formaba parte. La publicamos accediendo al ruego de un hermano que distinguimos.—A. M. D. M.

La verdadera grandeza es carecer de ambición, y en Dios buscar fortaleza para cumplir con nobleza la cristiana vocación.